



Tercera Guerra Mundial

Por el Comandante del Arma de Aviación FERNANDO QUEROL MULLER

¿Entre quiénes?

Ya se perfilan, de antemano, los dos grandes bloques, nucleados por Inglaterra y Estados Unidos, de una parte, y Rusia, de otra, que se enfrentarán en la próxima guerra. ¿Guerra inevitable?... Eso parece deducirse del radical antagonismo de los sistemas capitalista y comunista que hoy reparten su dominio o su influencia por toda la superficie de la tierra, y de la incubada o manifiesta hostilidad mantenida a lo largo de la divisoria que—cual profunda sima infranqueable—separa ambos sistemas: pasillo aéreo de Berlín, comunistas franceses e italianos, Trieste, Grecia, Palestina, Azerbaiján, Cachemira, Birmania, Indonesia, Viet-Nam, China, Corea..., larga línea geográfica que nos anuncia borrosamente el trazado de los futuros frentes de batalla.

A la moderna interdependencia económica, política e ideológica de las naciones en tiempo de paz, se añade, llegada la guerra, una forzosa e inevitable interdependencia militar, que viene a ser como su consecuente continuación. Las naciones acuden en bloque a la lucha, y, gracias

a la aviación, pueden llevar sus armas al más apartado lugar del Globo. Raro será no verse arrastrado o alcanzado por la guerra, porque no sólo subsistirán, sino que seguirán aumentando, las causas que han motivado la paulatina disminución de los neutrales. Afortunado el que, por excepción, consiga quedar al margen de la próxima contienda.

¿Cuándo?

La Historia nos enseña que no las pacifistas democracias, sino los belicosos países totalitarios, son los que inician las guerras. ¿Cuándo Rusia considerará oportuno empezar la tercera Guerra Mundial?... Desde luego no lo hará hasta que no haya logrado fabricar en serie la bomba atómica y poseer una potente aviación. Ambas aspiraciones están en trance de conseguirse. Irkutsk, Sterlitamak (Urales), la reciente ciudad de Atomgrado (cerca del lago Baikal), llamada "la pequeña Alemania" por el número de técnicos alemanes que allí trabajan; Svordlovsk, la misteriosa y recóndita Tanu-Tuva, cercada de altas montañas; Sukhum (orillas del

mar Negro), y otros lugares, albergan diversos centros de investigación nuclear; incluso parece que los rusos ya han conseguido producir la primera bomba atómica, la cual hicieron explotar el 15 de junio de 1947 en las proximidades de Irkutsk, con resultados, sin embargo, poco satisfactorios. Evidente es también la extraordinaria atención prestada por el régimen soviético a sus fuerzas aéreas, cuyas filas están siendo actualmente nutridas por una creciente producción, tanto de veloces cazas de reacción como de bombarderos cuatrimotores de gran autonomía, tales como el Il-12, el Il-18 y el Tu-70 (copia de la Superfortaleza).

¿Cuándo se sentirá Rusia suficientemente potente para romper las hostilidades?... El eminente físico Einstein cree que antes de 1955 los soviets habrán logrado la producción en serie de la bomba atómica, y Thomas Finletter (presidente de la famosa Comisión que hace dos años asesoró a Truman sobre la conveniente orientación de una política de seguridad nacional) informó que hasta fines de 1952 no será probable que el presunto enemigo disponga de armas atómicas en cantidad. Ello no quiere decir que entonces los rusos deseneadenarán, de modo ineuctable, la guerra, ni que en ésta se haga uso forzosamente de las armas atómicas, pues bien pudiera repetirse la actitud de los beligerantes de la segunda Guerra Mundial, los cuales, aun disponiendo de armas bacteriológicas y gaseosas, coincidieron en abstenerse de su empleo. Cada bando poseía estas armas, pero no quería ser el primero en utilizarlas, seguramente por temer que serían más virulentas las que utilizara el enemigo en su reacción.

Rusia está activando febrilmente la investigación atómica y la fabricación de aviones. A este ritmo, dentro de poco poseerá un respetable poder aéreo y habrá conseguido disponer de una reserva de bombas atómicas. Hasta entonces—aunque luego no haga, tal vez, uso de ellas—no osará declarar la guerra. El retraso de su industria viene así a apaciguar momentáneamente el sobresaltado temor del mundo, con la garantía de que serán de paz los tres años próximos. Después...

¿Cómo?

La tercera Guerra Mundial será preferentemente aérea. Apenas se luchará en el mar. Se movilizarán millones y millones de soldados terrestres; pero sólo una minoría combatirá, y no

para dar la batalla principal. En la primera Guerra Mundial, la Aviación fué un tímido y menudito auxiliar del Ejército y la Marina. Al llegar la segunda se desarrolló hasta codearse con sus hermanos mayores y compartir con ellos el trabajo, el riesgo y el triunfo. El extraordinario crecimiento seguirá, y en la tercera, a la Aviación le incumbirá, casi exclusivamente, la tarea de dar los golpes decisivos.

Si se hiciera una encuesta sobre qué es lo que pasará caso de estallar realmente dentro de unos años la tercera Guerra Mundial, y cómo ésta se irá desarrollando, serían variadísimas las opiniones que se podrían recoger. Cada cual enfocaría a su gusto la cuestión. Permítasenos por nuestra parte—puestos ya en el terreno de las conjeturas—hacer unas cuantas, esbozando aquí una de las maneras de concebir la próxima contienda universal.

Empecemos por considerar que la probable línea militar de contacto será la actual frontera política, describiendo una semicircunferencia desde Alemania a Corea. Como partimos del supuesto de que los rusos serán los que inicien la guerra, es de temer que en un primer empujón ocuparán los países vacilantes de la actual frontera política; empujón que será rapidísimo gracias a la ayuda de las quintas columnas comunistas. Tal vez los únicos países que presenten una cierta impermeabilidad natural al avance ruso sean los países árabes, porque la tradición de sus instituciones y el espíritu de su religión los hacen consustancialmente reacios al comunismo. Después de este veloz y fácil avance inicial, las tropas del Kremlin quedarán asomándose, por varios lugares, al Atlántico, Mediterráneo, Indico y Pacífico. Pero el mar detendrá esta progresión, e Inglaterra, Africa, Ceilán, Formosa y Japón figurarán entre los principales baluartes avanzados del bando azul.

Veamos a continuación qué se puede predecir respecto al papel que cada una de las fuerzas armadas probablemente desempeñe.

Marina.

La exigüidad de las tropas que el bando azul tenga en las tierras continentales de Europa y Asia no conseguirá parar la rápida carrera enemiga al mar; la única reacción posible será la aérea, la cual podrá molestar más o menos la maniobra expansiva del adversario, pero no lo-

grará detenerla, porque el esfuerzo principal de dicha maniobra no estribará en una marcha de los comunistas rusos, canalizada por unas vulnerables vías de comunicación, sino en una difusa proliferación simultánea de los alzamientos comunistas locales. Con o sin bombas atómicas, se puede retrasar un avance destruyendo los puentes y las estaciones; pero no se puede evitar que medio pueblo se entregue a sí mismo y a la otra pusilánime mitad en manos del invasor.

Logradas por los rojos estas rápidas anexiones territoriales, los azules tendrán que proceder a trasladar a los baluartes citados anteriormente los medios precisos para pasar a la contraofensiva. Medios en cantidades fabulosas, traídos casi todos desde los Estados Unidos, principal arsenal del bando azul. Los mares del mundo se verán así surcados por miles y miles de buques acercando hombres y material a la proximidad de la línea avanzada.

Detengámonos a considerar las misiones ofensivas y defensivas de ambas Marinas:

a) La principal acción ofensiva rusa será atacar los convoyes aliados, utilizando preferentemente los submarinos. Los rusos tienen pocos y viejos buques de superficie, y tardarían muchísimos años en construirse una poderosa y moderna escuadra. En cambio, disponen de una numerosa flota de submarinos, gracias a los apresados en los puertos alemanes del Báltico y a los que actualmente están construyendo con ayuda de los técnicos vencidos. En una hipotética tercera Guerra Mundial, no parece descaminado sospechar que los rusos vendrían así a heredar el papel jugado en el mar por los alemanes a lo largo de la segunda Guerra Mundial, en la que se demostró bien a las claras que el submarino es la mejor arma contra el tráfico, al ser el autor del 68 por 100 del total de hundimientos causados a la navegación aliada.

b) Los rusos no necesitan Marina defensiva, por la sencilla razón de que no tienen tráfico propio que proteger. Con razón pudo decir Bullit, ex embajador americano en Moscú, que "para Rusia, el comercio exterior constituye un lujo superfluo, mientras para los Estados Unidos significa la diferencia existente entre la prosperidad y la escasez, y para la Gran Bretaña es cuestión de vida o muerte".

c) Al no tener los rusos ni tráfico mercan-

te ni escuadra de alta mar que lo protegiera, la escuadra aliada carece de objetivos para emprender una ofensiva típicamente naval. Cabe, sí, una ofensiva contra el territorio enemigo; pero ¿cómo y contra qué?... Parece descartada la idea de realizar una serie de cañoneos contra objetivos de la costa: primero, porque en el posible litoral enemigo existen pocos que realmente merezcan la pena, y segundo, porque algún valor tiene que tener el precedente de la última guerra, en el transcurso de la cual la Marina inglesa no atacó nunca el litoral alemán, y la americana no lo hizo con el japonés hasta muy al final de la contienda.

Si lo que se pretende es acercar los portaviones para, desde ellos, atacar valiosos objetivos del interior de Rusia, se necesitaría un gran número de buques de este tipo para poder sostener con continuidad un castigo aéreo eficaz, aparte de razones derivadas del coste y de la vulnerabilidad de estos buques de guerra. Sabido es que el CVA-58, de 65.000 toneladas, destinado a llevar 24 tetramotores, costará 125 millones de dólares; cuando, después de varios años de trabajo, se termine este único portaviones gigante; cuando, después de los riesgos de una larga navegación, expuesta a los peligros aéreos y submarinos, se le haga llegar a la proximidad de las costas enemigas..., ¿qué es lo que se lanzará al aire?: sólo 24 tetramotores, siendo así que por el mismo coste se podrían haber construido, en un tiempo muy inferior, unos 200 aviones de igual tipo operando desde bases terrestres, mucho menos vulnerables, porque sólo lo serían desde el aire.

d) Consecuencia de lo ya expuesto con anterioridad, la principal acción defensiva de los aliados deberá mantenerse contra los submarinos rusos, y tal vez contra la aviación costera rusa, aunque no parece que ésta vaya a ser desarrollada en gran escala. En esta lucha antisubmarina es donde la aviación aliada—tanto la costera como la embarcada—está llamada a jugar un importantísimo papel, pues no en balde las estadísticas de la última guerra nos señalan que de los 778 submarinos alemanes hundidos, 347 (44 %) lo fueron por los aviones aliados, correspondiendo 224 (28 %) a los buques de superficie, y el resto, a diversas causas (minas, accidentes, etc.).

En conclusión: no resulta atrevido pronos-

ticar que los aliados podrán fácilmente dominar el mar y transportar por él todo lo que requiera y consuma la lucha terrestre y la aérea.

Ejército.

Suponiendo, como lo hemos hecho, que la guerra empiece por una simultánea y centrifuga expansión rusa, en la que tanto o más juegue el factor político que el militar, ¿qué les cabría hacer a las menguadas fuerzas aliadas destacadas en Alemania occidental, en Grecia, en China, en Corea? Pocas esperanzas cabe cifrar en sus posibilidades de resistencia, porque si los indochinos, birmanos e indonesios de 1941 abrieron las puertas al japonés, por creer ver en él al compañero de raza que les liberaba de la explotación del blanco intruso, las empobrecidas y famélicas masas europeas y asiáticas de hoy, a falta de lujosas alfombras, tenderán sus mejores andrajos al paso del comunismo, porque igualmente creerán ver en él la llegada de una anhelada redención social.

Durante las primeras semanas de guerra, bastante harán los azules con replegarse tras las aguas y los desiertos y esperar la llegada de los refuerzos de ultramar. Luego, en disposición ya de pasar a la contraofensiva, ¿cómo se plantea el problema estratégico para el Ejército aliado?

¿Avanzar? Los avances por pueblos comunistas son difíciles y traidores, porque su fanatismo ideológico y el desprecio que sienten por la vida les hará luchar una peligrosa y agotadora guerra de tierra quemada y de terrorismo, de sabotaje y de partisanos, tal como lo hicieron los rusos durante las ofensivas alemanas de 1941 y 1942.

Avanzar, ¿hasta dónde? Alemania ha sido invadida varias veces en la Historia; está demostrado que un ejército puede atravesarla y ocuparla. En cambio, ningún invasor ha logrado jamás cruzar Rusia, y mucho menos hacerlo, además, con Siberia y China. Recordemos las expresivas palabras que Churchill dirigió recientemente a unos amigos americanos: "Si alguna vez fuerais a la guerra contra Rusia, hagáis lo que hagáis, no tratéis nunca de invadir la amplia extensión del país. Napoleón lo intentó. Hitler lo intentó. Yo mismo lo intenté, en pequeña escala, en 1919. Pero Rusia se engulló

a Napoleón, se tragó a Hitler, me tragó a mí, y os tragará a vosotros si lo intentáis."

Conscientes de que la inmensidad geográfica del centro de Eurasia les proporciona excelentes recursos defensivos, es probable que los rojos, no sólo no teman, sino que incluso estén deseando que los ejércitos enemigos se adentren en territorio propio, porque cuanto más les dejen profundizar en él, más aquéllos se desgastarán, más se alargarán sus comunicaciones —verdadero talón de Aquiles de los ejércitos modernos— y más fácil será hostigar e interceptar estas comunicaciones por el sabotaje y la enervante guerra de guerrillas.

Hasta ahora, sin embargo, e independientemente de la penosidad con que se realice, el avance terrestre ha sido siempre preciso e indispensable para ganar la guerra y asegurar la victoria. Conducía a una ocupación armada, que, firmada la paz, se convertía en una ocupación política y policíaca para evitar la recuperación militar del adversario. Pero en este caso no son factibles y aconsejables ni la una ni la otra. Los aliados necesitan, pues, ganar la guerra por un procedimiento distinto de la ocupación total del territorio enemigo.

Hemos dado por descontada la victoria aliada, porque, según las seculares normas de la estrategia, si no a la corta, a la larga gana el envolvente y no el envuelto, y con más motivo si el primero es más fuerte que el segundo. En la tercera Guerra Mundial se planteará, aumentada la escala, una posición rusa de cerco parecida a la que presentó Alemania en la primera y segunda y el Japón en la segunda; y también, como en estas dos guerras, las grandes reservas de materias primas y el indiscutiblemente superior adelanto industrial del bando anglosajón, le conducirán, tarde o temprano, al triunfo.

Aviación.

La futura guerra la contiene el temor de Rusia a la aviación de los anglosajones; sus marinas les traen sin cuidado; están deseando que sus ejércitos se agoten en la estepa inacabable, como los de Napoleón y los de Hitler; a lo que verdaderamente teme es a su Aviación. Y ya hemos dicho cómo no juzgará oportuno desencadenar la guerra hasta que estime poseer una Aviación propia capaz de medirse con la contraria.

Analicemos ahora las posibilidades de la acción aérea de cada uno de los dos bandos.

Desde luego, es lógico esperar que en la apatosa "blitz" político-militar del primer empujón rojo, las fuerzas del Mariscal Verchinine continuarán su reputada tradición de hábiles cooperadoras tácticas con el Ejército de Tierra; pero, en cambio, en lo relativo a los bombardeos estratégicos, si fácil les podrá ser, tal vez, atacar los objetivos de Inglaterra, no creemos puedan hacerlo con los de Norteamérica, pues, a falta de bases avanzadas, sólo podrían alcanzarlos después de vuelos de gran autonomía sobre mares hostiles o atravesando los aires polares, de difícil navegación. Aun suponiendo que, a pesar de esto, los bombarderos soviéticos llegaran a los cielos estadounidenses, no es probable pudieran superar la defensa aérea montada escalonadamente desde las concéntricas cadenas periféricas de protección. Mucho más eficaz y trascendente que el empleo de su arma de bombardeo estratégico es el de sus armas políticas: un sabotaje, una huelga, una revolución, son mucho más peligrosas y dañinas para Norteamérica que las contadas bombas que puedan alcanzarla.

Las aéreas serán las primeras fuerzas aliadas capaces de pasar al contraataque y las que en todo momento serán llamadas a desempeñar importantísimo papel en cada uno de los diversos teatros de operaciones: sobre el mar, protegiendo desde la costa y los portaviones los enormes convoyes; sobre los frentes terrestres, cooperando con los Ejércitos propios, y de modo principal y especialísimo sobre la retaguardia enemiga, porque es allí donde tienen que obtener la verdadera decisión del conflicto.

¿Contra qué se emprenderá la magna campaña aliada de bombardeo estratégico? Los primeros objetivos serán los aviones enemigos, tanto en vuelo como posados en los aeródromos o produciéndose en las fábricas; de estas tres modalidades, la más fácil y definitiva es la tercera, porque los aviones pueden huir en el aire, pueden dispersarse y enmascararse en el suelo, pero las fábricas no pueden ser hurtadas al castigo de un enemigo implacable. Precisamente más que en otros países, la industria aeronáutica es en Rusia relativamente fácil de anular. Primero, porque está concentrada en un número reducido de grandes fábricas estatales, como las de Moscú, Rostov, Irkutsk, Komsomolsk,

Kharbarovsk y Swerlowsk. Segundo, porque de las industrias complementarias que la proveen de energía y materiales, tres de las más importantes (electricidad, aluminio y caucho) presentan tal tentadora debilidad, que por poco que los ataques aéreos rebajen su ya apurada capacidad de producción, la industria aeronáutica acusará en seguida los efectos con un automático descenso en su fabricación.

La primera misión, pues, será atacar las grandes fábricas aeronáuticas, las principales centrales hidroeléctricas y las industrias del aluminio y del caucho. Es de suponer que no será tarea fácil destruirlas porque los rusos pondrán todo su esfuerzo en evitarlo, aprovechando en su favor las excelentes posibilidades que a su caza y antiaérea brindan las largas distancias sobre terreno rojo que los bombarderos aliados tendrán que recorrer hasta llegar a estos objetivos. Por ello, seguramente, la acción aérea rusa será mucho más interesante en el campo de la defensa que en el de la cooperación táctica con los Ejércitos de tierra y mar y en el del bombardeo estratégico, porque desde el momento que el bando azul discurra ganar la guerra por el castigo aéreo del interior de Rusia, ésta concentrará todo su empeño en los cazas interceptadores, la antiaérea y la red de acecho. Y si pensamos que el atacante aplicará la energía atómica a sus bombas, no olvidemos que el defensor podrá hacerlo igualmente a sus proyectiles antiaéreos.

No parece razonable que esta campaña aliada de bombardeo estratégico pueda llevarse a cabo con ingenios radiodirigidos, porque para las largas distancias éstos tienen poca precisión y son fácilmente desviados o anulados por las emisiones perturbadoras del defensor. En cambio, a éste le resultará muy eficaz, para cortas distancias, el empleo de los proyectiles antiaéreos radiodirigidos.

Les costará más o menos, pero los aliados ganarán, al fin, esta batalla por el dominio del aire, batalla que creemos será la clave de la tercera Guerra Mundial. Cuando, después de ganada, los rusos se vean imposibilitados de fabricar más aviones, entonces, por los despejados cielos rusos volarán a placer los bombarderos aliados para actuar contra las fuerzas de tierra y mar, y también, como en el caso anterior, en vez de atacar directamente las trincheras y los barcos, resultará más práctico y eficaz atacar aquellos

objetivos (grandes ciudades, núcleos de comunicaciones, fábricas de material terrestre y naval, etc.) cuya destrucción se considere más indicada para desvitalizar moral y materialmente a las fuerzas de tierra y mar. En conjunto, pues: la primera fase de esta ofensiva de bombardeo estratégico tratará de incapacitar para la resistencia a la Aviación roja; la segunda, buscará hacer lo mismo con el Ejército y la Marina.

Cansados de esperar en balde la llegada de víveres y municiones, prácticamente aislados de su retaguardia, angustiados por el peligro que en ella corren sus familiares, los soldados soviéticos del frente de contacto serán fáciles de arrollar. ¿Qué hacer entonces?

Cabe avanzar por tierra para rematar y explotar cumplidamente el éxito obtenido desde el aire, ocupando todo el país y manteniendo luego en él una vigilancia que aborte toda posible recuperación del vencido. Pero ya comentamos antes que ello requerirá un amplio y largo avance agotador nada recomendable.

La solución es otra. Ya que la aviación ha sido la que trae la victoria que sea también la que la conserve. Y que lo haga ocupando desde el aire los lugares de más alto valor estratégico. Lo mismo que se pueden seleccionar para el bombardeo unos pocos objetivos cuya destrucción agote la capacidad de resistencia de las fuerzas armadas enemigas, se pueden seleccionar también otros pocos objetivos cuya ocupación sea suficiente para dominar prácticamente el país y evitar que se rearme. La ocupación ha sido siempre necesaria para dar un sentido de efectividad a cualquier triunfo militar; en el pasado la han llevado a cabo, lentamente, las fuerzas terrestres. La ocupación seguirá siendo ahora necesaria, pero realizada ventajosamente desde el aire de un modo rápido y simultáneo sobre un reducido número de núcleos de vigilancia. Vigilancia que se cifrará especialmente en prohibir el más pequeño resurgimiento aeronáutico. Desarmar de fusiles a un país y evitar que vuelva a producirlos tiene que ser harto difícil. En cambio la fabricación de aviones no se puede ocultar; sobre ello reposará la esencia de la ocupación.

Mientras el ocupante tenga una poderosa aviación y se le niegue al vencido la resurrección de la suya, éste no podrá levantar la cabeza; y cada vez que lo intente recibirá como castigo unos ejemplares aldabonazos aéreos de atención.

Algo parecido hizo Inglaterra en el Oriente Medio después de la primera Guerra Mundial, al montar su vigilancia a base de guarniciones aéreas, sobre todo en aquellas colonias donde la existencia de razas indómitas y nacionalistas, difíciles de sojuzgar, aconsejaba la adopción de una política espectacular que con pocos, pero escogidos medios, refrenara sus ansias de rebeldía por el mantenimiento del respeto y del temor hacia la potencia del ocupante. Y nada mejor para este propósito de enseñar los dientes que la frecuente exhibición de unos modernos y poderosos aviones, tanto como símbolo de una aperci-bida vigilancia cuanto como amenaza de un posible castigo, pronto a descargarse a la menor provocación. O sea que, a nuestro entender, la aviación anglosajona, vencedora de la tercera Guerra Mundial, será también la conservadora de su postguerra.

Todos estos comentarios que acabamos de hacer sobre la posible intervención de las fuerzas aéreas son independientes de que se usen o no las armas atómicas. Su empleo agravará los daños causados, pero no afectará, en esencia, la concepción general del problema militar expuesto.

¿Estallará dentro de pocos años la tercera Guerra Mundial? Caso de estallar, ¿se producirán los acontecimientos tal como hemos supuesto? La hipótesis que acabamos de formular no es más que una de tantas, seguramente no de las más clarividentes y afortunadas. Con ella sólo hemos pretendido aportar aquí una modesta contribución al estudio de un tema de indudable e inquietante actualidad.

En resumen, creemos que Rusia no tiene cifras solamente en sus medios militares las esperanzas de victoria; en el mar actuará sólo con submarinos; en el aire se limitará a defender el de su patria; sus tropas se detendrán, irremisiblemente, en las costas. Pero en cambio espera mucho de la cooperación de sus medios militares con los políticos: esos Ejércitos instruidos, subvencionados y estratégicamente desplegados por todo el mundo, que son los partidos comunistas, obedientes a la voz de mando del Kominform.

Rusia confía principalmente en sus armas políticas; Rusia sólo teme a las armas aéreas americanas; Rusia no se decidirá a hacer la guerra con las primeras hasta que crea poder defenderse de las segundas.